



EL SENTIDO DEL DEBER

de Ernesto Caballero



Fragmento

A María V. M.

FIGURAS QUE APARECEN

MENCIA, guardia civil médico.
JACINTA, guardia civil enfermera.
ENRÍQUEZ, cabo de la Guardia Civil de Tráfico.
GUTIÉRREZ, guardia civil destinado en Administración.
SARGENTO REYES, comandante en plaza.

La acción tiene lugar en una casa cuartel de la Benemérita,
aquí y ahora: en la nueva España de todos los tiempos.

... y así pongo
mi mano en sangre bañada
a la puerta: que el honor
con sangre, señor, se lava.

Calderón, *El médico de su honra*,
J. III

ESCENA PRIMERA

*MENCÍA es un número de la Guardia Civil.
Como médico atiende
a todos los que viven en la casa cuartel.
Las cinco de la tarde en la enfermería.
Agosto en la comarca.
Quien no duerme la siesta se tiene que aguantar.
Así nuestra doctora que hojea una revista
sin ningún interés. Suspira, se levanta
y se emplea en el riego del típico geranio.
Lo hace con vehemencia y se desborda el agua
al momento que acude JACINTA, su ayudante:
cosecha renegada de los campos pacenses.
Trae el gesto excesivo, excitada en extremo
del suceso que anuncia.*

JACINTA.— Ahí afuera...

MENCÍA.— ¿Sí?

JACINTA.— Un herido.

MENCÍA.— ¿Qué ha pasado?

JACINTA.— Uno de Tráfico que se ha caído de la moto...

MENCÍA.— ¿Conocido?

JACINTA — Yo no le he visto nunca, pero ha preguntado por tu
marido.

MENCÍA.— ¿Por mi marido?

JACINTA.— ¿Qué te ocurre?

MENCÍA.— Nada... Hazle pasar.

Sale la enfermera dejando una brizna de inquietud difusa. El cabo ENRÍQUEZ entra renqueante. Un desgarro en la pernera deja entrever un brote de sangre negra.

JACINTA.— Con cuidado... Túmbese aquí... No tiene fractura...
MENCIA.— Ha tenido suerte, cabo Enríquez...
ENRÍQUEZ.— Ya lo creo, guardia Mencía.
MENCIA.— A sus pies...
ENRÍQUEZ.— ¿Qué haces tú aquí?
MENCIA.— De momento curarte esta herida.
ENRÍQUEZ.— Qué sorpresa.
MENCIA.— Mira que írtela a dar a la puerta de mi casa.
ENRÍQUEZ.— El destino.
MENCIA.— Sí, mi destino está de sanitaria en esta casa cuartel y el tuyo, por lo que parece, está en Tráfico: sección accidentes.
ENRÍQUEZ.— ¡Cuánto tiempo!
MENCIA.— Algo más de tres años.
JACINTA.— Parece que os conocéis.
MENCIA.— Jacinta, mi ayudante. Miguel Ángel Enríquez.
JACINTA.— A sus órdenes, cabo.
MENCIA.— ¿Y ese galón?
ENRÍQUEZ.— Méritos por la Patria.
MENCIA.— ¡Cuánto tiempo!
ENRÍQUEZ.— Tres años y siete semanas. Lo que tiene uno que hacer para volver a ver a los viejos amigos.
MENCIA.— El teléfono es menos traumático.
ENRÍQUEZ.— Nos habíamos perdido la pista.
MENCIA.— Nunca es tarde si la dicha es buena.
JACINTA.— Estoy ahí afuera.
MENCIA.— Gracias, Jacinta.

JACINTA se marcha con un gesto vago que lanza al vacío: un «yo aquí estoy de más»

MENCIA.— ¿Cómo te va la vida?
ENRÍQUEZ.— Más o menos como siempre.

MENCÍA.— ¿Te has casado?
ENRÍQUEZ.— No.
MENCÍA.— ¿A qué esperas?
ENRÍQUEZ.— A que alguna se deje engañar.
MENCÍA.— Sigues igual que siempre.
ENRÍQUEZ.— A ti en cambio se te ve mucho mejor.
MENCÍA.— No puedo quejarme.
ENRÍQUEZ.— Desapareciste como el cuerpo del delito.
MENCÍA.— Fue lo mejor.
ENRÍQUEZ.— ¿Por qué?
MENCÍA.— Todo eso ya es agua pasada.
ENRÍQUEZ.— Nunca se sabe.
MENCÍA.— ¿Qué quieres decir?
ENRÍQUEZ.— Donde hubo fuego...
MENCÍA.— Vamos...
ENRÍQUEZ.— He venido a buscarte.
MENCÍA.— ¿Cómo?
ENRÍQUEZ.— Es una broma.
MENCÍA.— Yo sí me he casado.
ENRÍQUEZ.— Enhorabuena.
MENCÍA.— Hace un año.
ENRÍQUEZ.— ¿Y?
MENCÍA.— ¿Y?
ENRÍQUEZ.— ¿Niños a la vista?
MENCÍA.— De momento, no.
ENRÍQUEZ.— Y, ¿qué tal?
MENCÍA.— ¿Qué tal, qué?
ENRÍQUEZ.— Qué tal, así en general.
MENCÍA.— Bien.
ENRÍQUEZ.— Bien.
MENCÍA.— Bien, en general.
ENRÍQUEZ.— Muy bien.
MENCÍA.— Sí, muy bien. (*Silencio.*) Esto ya está. Diez días con la venda. Y reposo.
ENRÍQUEZ.— Tengo que estar en Sevilla esta misma noche.
MENCÍA.— A ver si te pueden llevar. No estás para subirte a la moto.
ENRÍQUEZ.— Ni la moto está para llevarme

MENCIA.— No puedes, ni debes moverse.

GUTIÉRREZ.— Ya has oído a la doctora. Aquí ella tiene el mando en plaza. Así que ojo. ¿Qué te ha pasado, pikoletto?

*Entra el guardia GUTIÉRREZ,
un hombre tranquilo que ha echado barriga
sentado a una mesa redactando informes.
Está satisfecho de cómo le ha ido:
su esposa, el trabajo, la vida tranquila,
falta de ambición.*

ENRÍQUEZ.— ¡Guti! ¡Cuánto tiempo, coño! Sabía que andabas por esta casa cuartel.

GUTIÉRREZ.— Y te has dicho: Vamos a hacerle una visita al bueno de Guti. Así que has cogido la moto y casi te descuernas...

ENRÍQUEZ.— La verdad es que iba con prisa...

GUTIÉRREZ.— Algún lío de faldas...

ENRÍQUEZ.— Pues ya que lo dices.

GUTIÉRREZ.— Te has ganado una multa gorda por exceso de velocidad: una buena cena en casa.

ENRÍQUEZ.— Me gustaría, pero...

GUTIÉRREZ.— Nada, no hay más que hablar...

*El guardia GUTIÉRREZ es hombre de orden.
Se casó algo tarde para la costumbre.
Tiene el trato afable y las cosas claras:
Si no te complicas, la vida no es mala.
Espera paciente hijos que no llegan,
y dice que acepta que trabaje ella,
siempre y cuando cuide las cosas de casa.
Nunca se ha quejado. Y se enfada poco,
por eso su fama es de pusilánime,
así que se encarga de la burocracia,
de asuntos internos, y de lo que haga falta.*

GUTIÉRREZ.— Será posible... Salirte de la calzada... Seguro que ibas como una bala... Te conozco...

ENRÍQUEZ.— Quería hacerte una visita y no encontraba la excusa...

GUTIÉRREZ.— Estás en buenas manos.
ENRÍQUEZ.— Ya me he dado cuenta.
GUTIÉRREZ.— Mencía, tu doctora, es mi mujer.
ENRÍQUEZ.— Ya.
GUTIÉRREZ.— ¿Te extraña, verdad? Los feos tenemos suerte.
MENCÍA.— Yo sí que he tenido suerte.
GUTIÉRREZ.— ¿Y eso?
MENCÍA.— Contigo.
GUTIÉRREZ.— Es la primera vez que me haces un cumplido en público.
MENCÍA.— ¿De qué os conocéis?
GUTIÉRREZ.— De la Escuela de Guardias Jóvenes. ¿Qué ha sido de ti desde entonces? Veo que te han ascendido.
ENRÍQUEZ.— Estuve en el Norte.
GUTIÉRREZ.— ¿Y ahora?
ENRÍQUEZ.— En Sevilla. Comandancia de Tráfico.
GUTIÉRREZ.— Ya nos contarás qué se había perdido aquí, en la comarca.
ENRÍQUEZ.— Cumplía una misión.
GUTIÉRREZ.— Qué misterio. Más tarde, en la cena nos lo cuentas todo.
ENRÍQUEZ.— Tengo que marcharme.
GUTIÉRREZ.— ¿Así como estás?
ENRÍQUEZ.— No es nada.
MENCÍA.— No debe moverse.
GUTIÉRREZ.— Ya has oído a la especialista. Ella manda, como doctora y como mujer.
ENRÍQUEZ.— De verdad, no puedo.
GUTIÉRREZ.— Pero, ¿por qué?
ENRÍQUEZ.— Tengo una amiga...
GUTIÉRREZ.— ¿Una amiga?
ENRÍQUEZ.— Y un amigo...
GUTIÉRREZ.— ¿Y?
ENRÍQUEZ.— Y mi amiga es muy amiga de mi amigo.
GUTIÉRREZ.— ¿Qué quieres decir?
ENRÍQUEZ.— Tengo que cuidar lo mío.
GUTIÉRREZ.— Pues vaya amiga.
MENCÍA.— Pues vaya amigo.

GUTIÉRREZ.— Hay mujeres y mujeres.

MENCIA.— Muchas veces uno ve síntomas donde no los hay. Empieza a medicarse, y al final, como se suele decir, es peor el remedio que la enfermedad. Si de verdad confías en ti, y sobre todo, en esa mujer, demuéstalo. Porque no dudo que si te has fijado en ella es porque es de fiar.

ENRÍQUEZ.— Doctora, quien confía en una mujer sí que es un loco de atar.

REYES.— ¿Qué pasa, cabo, que ahora los de Tráfico sois los que tenéis los accidentes? El mundo del revés. Mala cosa.

Entra el sargento REYES, comandante en plaza, rostro abotargado de tanto cubata. Su campechanía resulta forzada, tal vez porque eleva el tono de voz y porque se siente un rey capataz.

ENRÍQUEZ.— Me alegro de volver a verle, mi sargento.

GUTIÉRREZ.— ¿Os conocéis?

REYES.— Hemos compartido destino en las Vascongadas.

ENRÍQUEZ.— No me lo recuerde.

REYES.— ¿Cómo estás?

ENRÍQUEZ.— Estupendamente.

MENCIA.— No tiene fractura.

GUTIÉRREZ.— De estas ya ha tenido unas cuantas jugando al fútbol. ¿Te acuerdas?

ENRÍQUEZ.— ¿Cómo no voy a recordar tus entradas en plancha?

REYES.— Aquí todo dios se conoce. ¿Qué hacías por aquí?

ENRÍQUEZ.— Seguía un coche sospechoso. Moros. Coche robado.

REYES.— Pues da el parte en Sevilla. Que aquí no queremos líos.

ENRÍQUEZ.— Ahora mismo salía para allá.

GUTIÉRREZ.— Después de cenar.

MENCIA.— No está para viajes.

REYES.— Lo dicho. Tú a la buena vida y que hoy pringuen otros.

GUTIÉRREZ.— Lo dice por mí. Entro esta noche de guardia de puertas.

REYES.— Pues a vigilar.

ENRÍQUEZ.— Que te sea leve.

GUTIÉRREZ.— Entro a media noche. Tenemos tiempo de cenar juntos.

ENRÍQUEZ.— En fin, sea. Acepto vuestra invitación.

REYES.— Así se habla. De momento te vas a tomar un pelotazo, que es la mejor medicina.

Jacinta.— ¿Y nosotras, qué?

REYES.— Vosotras a preparar la cena.

MENCÍA.— La mujer y la sartén en la cocina están bien.

REYES.— Qué mujer más lista.

GUTIÉRREZ.— No tanto, no tanto...

MENCÍA.— ¿Por qué dices eso?

GUTIÉRREZ.— Porque te has casado con este pringado.

Y salen, jocosos, el sargento REYES.

Y el cabo ENRÍQUEZ.

Y el guardia GUTIÉRREZ.

JACINTA.— ¿Te ocurre algo?

MENCÍA.— No es nada.

JACINTA.— Cualquiera lo diría.

MENCÍA.— Jacinta, eres mi amiga.

JACINTA.— Eso creo.

MENCÍA.— Esto que no salga de aquí...

JACINTA.— Descuida.

MENCÍA.— Estuve saliendo con ese cabo... antes de casarme... claro...

JACINTA.— ¿Tú y él?

MENCÍA.— Sí.

JACINTA.— ¿Y?

MENCÍA.— Cuando me casé dejé de salir con él.

JACINTA.— Lo normal.

MENCÍA.— Pues eso es todo.

JACINTA.— Vaya.

MENCÍA.— Desde entonces no ha habido nada.

JACINTA.— ¿No le has visto desde entonces?

MENCÍA.— Nunca hasta hoy. Tres años y siete semanas.

JACINTA.— ¿Y?

MENCÍA.— ¿Y qué?

JACINTA.— ¿Qué es lo que has sentido?

MENCÍA.— ¿Sentido?

JACINTA.— Digo yo que algo habrás sentido.

MENCÍA.— Algo.

JACINTA.— ¿Algo como qué?

MENCÍA.— No lo sé, Jacinta.

JACINTA.— ¿No sabes? Pues no es un hombre que deje indiferente a una mujer.

MENCÍA.— Vamos a preparar la cena.

*Recogen sus cosas,
se miran un rato
y apagan la luz.*